

ADVERTENCIA PARA PLANIFICADORES: EL FUTURO YA NO ES LO QUE ERA...

Apreciaciones en torno a la planificación y sus métodos

Miguel O. Catolino

“Los dioses nos dan muchas sorpresas: lo esperado no se cumple y para lo inesperado un dios abre la puerta”. Eurípides.

Domingo Faustino Sarmiento, el gran sanjuanino, tuvo entre las múltiples facetas de su exuberante personalidad, la de ser un prolífico escritor, un escritor talentoso, formado en las múltiples lecturas de las obras maestras de la literatura universal. Tal era su familiaridad con la obra de Shakespeare que esta lo llevó, confiado en su memoria, a errar en el epígrafe de *Recuerdos de provincia*, en el cual cita al bardo inglés de manera equivocada. En efecto, escribe Sarmiento *“Es éste un cuento que, con aspavientos y gritos, refiere un loco, y que no significa nada”*, atribuyéndoselo a *Hamlet*, cuando en realidad esta frase corresponde a *Macbeth* (acto V, escena V). Este pequeño error no empaña la genialidad de la cita que se adecua a su vehemente personalidad, por la cual fue apodado “el loco Sarmiento”. Tentado estuve, al iniciar estas líneas, de usar la misma cita, pero luego, un elemental sentido de la modestia me llevó a desecharla. No obstante, para lo que voy a exponer, algo en común guardan ambas invocaciones, la de Eurípides, citada también por Sarmiento en el libro antes aludido, y la del ya mencionado Shakespeare, por lo que, con dichas reservas, las vuelvo a convocar.

Entrando en tema

Toda labor de planificación conlleva la idea de una apuesta al futuro. Como sucede con toda apuesta, su resultado dependerá del azar. En efecto, ya se trate de un simple proyecto, esbozo o bosquejo de algo que ha de realizarse en un tiempo cercano a su concepción o de un plan de largo alcance, su ejecución estará supeditada a sucesos o a circunstancias imposibles de establecer con anterioridad. Esta conclusión, tan elemental, parece estar ausente o no ser debidamente tenida en cuenta por la mayoría de los planificadores. La pla-

El Capitán de Navío Miguel Oscar Catolino egresó como Guardiamarina el 27 de octubre de 1955. Pasó a retiro el 1° de mayo de 1985. Fue Comandante del remolcador ARA Ona, del buque oceanográfico ARA Goyena y del destructor ARA Bouchard, 2° Comandante del portaaviones ARA 25 de Mayo y Director del Liceo Naval Militar Almirante Storni. Es Licenciado en Sistemas Navales. Es autor de colaboraciones sobre temas históricos y militares aparecidas en el BCN (Nros. 671, 679, 768, 803 y 806) y obtuvo el premio Doctor Collo en el bienio 2000/01 por su artículo “Un mal de nuestro tiempo. El vaciamiento de las palabras”. Otros escritos suyos han sido publicados en el diario El Territorio de la ciudad de Posadas, La Gaceta Marinera y en la Revista de la Escuela Nacional de Inteligencia.



nificación es una actividad considerada básica para el desarrollo de cualquier empresa, sea esta económica, social, industrial, comercial o militar, entre otras. En este último caso, está regida por una doctrina y procedimientos específicos, detallados y precisos que al planificador no le dejan duda alguna de cómo debe encarar la tarea para que todo lo pertinente sea tenido debidamente en cuenta.

A sabiendas o no, prefiere ignorar que todo el andamiaje construido paso a paso siguiendo las leyes de la lógica para la consecución de un fin determinado puede de pronto desmoronarse por obra del insidioso azar que entra de manera sorpresiva con algún suceso o acontecimiento totalmente impensado y echa por tierra toda la meritoria labor anterior.

Vayamos a un ejemplo sencillo para entender mejor lo hasta ahora expuesto. Un simple programa de una ceremonia cualquiera. La circular respectiva (una forma elemental de planificación) establecerá, sin duda, la disposición de las autoridades y del personal concurrente y la secuencia de los acontecimientos, así como también las medidas pertinentes para el mejor brillo del acto: la preparación del lugar en donde se llevará a cabo, la prueba de altavoces, etc. Podría decirse que todo se organiza de maravillas, pero el día previsto para su realización irrumpe el mal tiempo meteorológico y burla todas las previsiones anteriores. Algún espíritu cauto y precavido pudo haber incluido en la circular “En caso de mal tiempo, la ceremonia se pospondrá para el día tal o se llevará a cabo en...”, en referencia a algún lugar protegido de las inclemencias del tiempo, con la consiguiente alteración de la idea, los anuncios y de lo que, en un principio, se había imaginado.

El ejemplo dado es elemental, pero pone de manifiesto algo que será más patético y trascendente en el caso de planes calificados como de largo plazo, que suelen ignorar desaprensivamente la irrupción de lo inesperado. Este factor, con frecuencia, suele cambiar el curso de los acontecimientos y convertir en papelería inservible lo que, con seguridad, llevó jornadas enteras de sesudas lucubraciones con la trasnochada y sublime idea de que, llegado el momento, todo estaría previsto para afrontar con éxito las contingencias del caso. La realidad dirá, en cambio, que el escenario ha cambiado, que los amigos de antes ya no son tan amigos, y poco podemos confiar en ellos, que nuestros activos han mermado, que se han sumado otros actores a la escena y hasta que el problema que debemos resolver ya no está planteado exactamente en la forma que habíamos determinado o que, simplemente, ha desaparecido, muerto de muerte natural. Habrá que cambiar todo o abocarse a otra problemática, una simple adecuación no bastará, y entonces surge la pregunta ¿Valía la pena el esfuerzo realizado en la concepción, elaboración y confección del plan? Trataremos, en las páginas que siguen, de echar luz al problema valiéndonos de ciertos argumentos que algunos podrán considerar novedosos.

La realidad dirá, en cambio, que el escenario ha cambiado, que los amigos de antes ya no son tan amigos, y poco podemos confiar en ellos, que nuestros activos han mermado, que se han sumado otros actores a la escena y hasta que el problema que debemos resolver ya no está planteado exactamente en la forma que habíamos determinado o que, simplemente, ha desaparecido, muerto de muerte natural.

La obsesión por el futuro

Desde siempre, el hombre ha estado obsesionado por el futuro. Cualquier acción que se lleve a cabo en el presente tendrá, entre sus componentes, una perspectiva de futuro, aunque más no sea que el inmediato, el más previsible, el que está –digamos así– al alcance de nuestras previsiones, por más modestas que estas sean, el que menos sorpresas nos pueda dar. Las rutinas aseguran, por extrapolación, una cierta probabilidad de futuro: si siempre después de esto sucedió aquello, no hay porqué dejar de suponer que así será en la mayoría de los casos. Ello nos da una cierta seguridad en el obrar, seguridad que es necesario recalcar, nunca será absoluta, lo imprevisible siempre acecha desde algún lugar de lo por venir. Cuando las rutinas o las experiencias son escasas o directamente no existen, entonces se genera lo que la ciencia psiquiátrica conoce como el pensamiento mágico o mítico, con predicciones esotéricas, como las que brindan el tarot, el horóscopo, las profecías de Nostradamus y otros vaticinios igualmente insensatos.

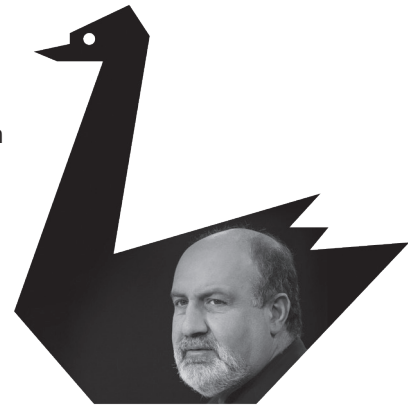
La lógica y la matemática, con su pensamiento racional, fundado y especulativo, también han intentado penetrar en el futuro, terreno cenagoso e incierto por su propia naturaleza de inexistente al momento de encarar su estudio, tratando de convertir en ciencia lo que, de por sí, es aleatorio, precario y fortuito. Nacen así expresiones tales como “futurible” y “futuraible”, que hacen referencia a futuros posibles y probables. Basadas en las estadísticas y en los comportamientos racionales de los humanos, estudian el pasado y el presente, y tratan de descubrir líneas de acción que puedan prolongarse en lo venidero. Se apela, así, a lo conocido, a la experiencia pasada, a la historia registrada. Se trata de encontrar la evolución de una tendencia que aparenta moverse sobre una línea continua que puede marcar espacios de crecimiento o de disminución. La imaginación del futuro es previsible y funciona según lo sucedido antes, hasta que, un buen día, todo cambia, aparecen los así llamados “cisnes negros”, curiosa denominación de los acaecimientos no previstos ni imaginados que pone la realidad de ese momento patas arriba, y ya nada es como antes.

En el libro *El Cisne Negro*, su autor, Nassim Nicholas Taleb ⁽¹⁾, sostiene que los grandes acontecimientos de la historia, los que han variado el curso de esta, jamás han estado comprendidos dentro de las líneas de acción que marcaron los acontecimientos anteriores y los denomina cisnes negros por los motivos que explica con estas palabras: “Antes del descubrimiento de Australia, las personas del Viejo Mundo estaban convencidas de que todos los cisnes eran blancos, una creencia irrefutable, pues parecía que las pruebas empíricas la confirmaban en su totalidad. La visión del primer cisne negro pudo ser una sorpresa interesante para unos pocos ornitólogos (y otras personas con mucho interés por el color de las aves), pero la importancia de la historia no radica aquí. Este hecho ilustra una grave limitación de nuestro aprendizaje a partir de la observación o la experiencia y la fragilidad de nuestro conocimiento. Una sola observación puede invalidar una afirmación generalizada derivada de milenios de visiones confirmatorias de millones de cisnes blancos”.

También explica que estos cisnes negros han cumplido con las tres características que les son propias. Han sido una anomalía, una anomalía, pues su aparición no estaba comprendida dentro de las expectativas corrientes, y nada del pasado hacía prever su ocurrencia. Su segunda característica es que producen un impacto tremendo, capaz de remover y de alterar estructuras de pensamiento que aparecían como consolidadas e inmodificables. Tercero, pese a su condición de rareza, la naturaleza humana hace que inventemos explicaciones de su existencia después del hecho, con lo que se hace (tardíamente) explicable y predecible. En efecto, nunca van a faltar los gurúes o los iluminados de siempre que sostendrán que lo sucedido ya se “veía venir” por tales o cuales circunstancias y que sus ojos expertos ya habían logrado verlo y hasta advertirlo, pero que la “indiferencia del mundo” lo desechó con la negligencia y la inacción que la caracteriza. Ejemplos de estos fenómenos sobran en la historia del mundo moderno a partir de los cambios introducidos por la Revolución Industrial; el ascenso de Hitler y su posterior caída, el crecimiento inusitado de la economía china, la implosión de la Unión Soviética, la aparición de Internet, el ataque a las Torres Gemelas, etc.

La realidad, siempre la realidad inevitable

Cuando se trata de lucubraciones sobre el futuro, bueno es asumir que, en el futuro, como en el presente y también en el pasado, la realidad manda. Una definición corta y contundente de lo que es la realidad nos dice que es todo aquello que es efectivo o que tiene valor práctico, en contraposición con lo fantástico e ilusorio. Así, la realidad, auténtica e irrevocable, pasa a ser como una diosa a la que no se puede ignorar so pena de sufrir las consecuencias, para este caso, caer en divagaciones imaginativas, pero estériles. Para que ello no ocurra, habrá que comprender y admitir que hay una realidad auténtica, seria, a veces dolorosa o simplemente antipática, y hay otra realidad que suele sobrevolar los planes



(1)
Nassim Nicholas Taleb (nacido en 1960, en el Líbano) es un ensayista, investigador y financiero estadounidense. Es también miembro del Instituto de Ciencias Matemáticas de la Universidad de Nueva York. Estudió matemática financiera en la Universidad de París, Francia, y obtuvo un MBA por la Wharton School en la Universidad de Pennsylvania. Desarrolló su carrera en los Estados Unidos.

La imaginación del futuro es previsible y funciona según lo sucedido antes hasta que, un buen día, todo cambia, aparecen los así llamados “cisnes negros”, curiosa denominación de los acaecimientos no previstos ni imaginados que pone la realidad de ese momento patas arriba, y ya nada es como antes.

Por experiencia, sabemos que las predicciones casi siempre se caen sin haberse cumplido, y muchos hechos trascendentes para la vida de los hombres y de las naciones no fueron jamás ni siquiera soñados por las mentes más propensas a las anticipaciones fantasiosas. Son los cisnes negros ya vistos.



que elaboran mentes poseedoras de una desmesurada imaginación, en la creencia de que, a esa realidad adversa, se la puede superar de manera volitiva, solo con desearlo. Y esto no es así. Sin pretender entrar en alardes filosóficos fuera de lugar, quizá sea bueno recordar que Platón decía que hay una cosa y hay una idea de la cosa: el mundo de las realidades y el de las ideas. En la vida de cada día, es decir, en la verdadera vida, hay que adaptarse a las realidades, no a las utopías imposibles de cumplir. Aferrarse a las concepciones fantasiosas de la realidad, dar pasos en ese mundo onírico es peligroso, porque se termina por vivir envuelto en ilusiones que, de seguro, no llevan a buen puerto.

Para el caso de las planificaciones militares, la realidad está dada por el contexto institucional, político, económico y social en el cual se van a ubicar las propuestas que podrán ser formuladas en su desarrollo. En él, los términos realidad y escenario resultarán casi sinónimos, reflejo de un amplio contexto el primero, más acotado a la ejecución de la misión el segundo.

Los cisnes negros

El análisis de ese escenario introducirá al planificador en un terreno complicado, cargado de trampas e imprevistos, muy difícil o, más bien, imposible de iluminar con total racionalidad, porque estamos hablando del futuro y a este ¿quién puede asegurarlo? Por experiencia, sabemos que las predicciones casi siempre se caen sin haberse cumplido, y muchos hechos trascendentes para la vida de los hombres y de las naciones no fueron jamás ni siquiera soñados por las mentes más propensas a las anticipaciones fantasiosas. Son los cisnes negros ya vistos. Increíblemente, fue un poeta (individuo a los que el común de las gentes visualiza como soñador a ultranza, sin apego a la realidad), el francés Paul Valéry⁽²⁾, quien, a principios del siglo pasado, pergeñó una frase que pinta con envidiable economía de palabras esta verdad irrefutable: “el futuro ya no es lo que era”. Es lo que vemos ahora y no, lo que alguna vez pensamos que iba a ser. Luego, el que se anime a penetrar en sus ignotos dominios deberá, forzosamente, recurrir a intuiciones y a conjeturas que solo el tiempo dirá en qué medida fueron acertadas y qué ligazón valadera guardaban con lo que, efectivamente, sucedería.

Ahora bien, intuiciones y conjeturas son procedimientos imaginativos que poca relación tienen con los métodos que puedan considerarse estrictamente científicos, aunque sea

justo reconocer que, mediante ellos, la ciencia obtuvo logros significativos. El eureka de Arquímedes y la manzana de Newton (hayan existido realmente o no) pintan dos momentos emblemáticos de intuiciones geniales. Estas intuiciones son producto de mentes que, sin perder arraigo con la realidad, tienen, a la vez, una alta capacidad de elaboraciones novedosas. Solo mediante ellas y una percepción casi clarividente pudo Kepler descubrir sus famosas leyes acerca del movimiento de los astros. Otro tanto puede decirse de Mendeleiev que, al ordenar los elementos según su peso atómico, pudo predecir la existencia de muchos de ellos, desconocidos hasta ese momento.

Quizá, la agudeza y la perspicacia de la que hacen gala algunos espíritus privilegiados, como los que, a modo de ejemplo, hemos señalado, capaces de establecer presunciones adecuadas para arribar a hipótesis válidas, no sean más que consecuencias de influjos o de estímulos cuya acción es lo bastante oculta como para pasar inadvertida a nuestra conciencia, para sustraerse a nuestra razón o para desafiar nuestro poder expresivo. A pesar de ese origen oscuro, por no provenir de una argumentación lógica, estas presunciones pueden ser lo suficientemente atrayentes para no desecharlas desde un principio e integrarlas, luego, a un análisis más racional.

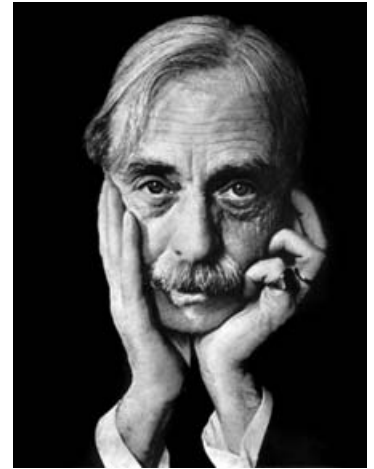
Cuando esas intuiciones ocurren en el ámbito de la dilecta hija de la política, o sea, la estrategia, estamos en presencia de las grandes conducciones militares encarnadas en los que, con justo mérito, han pasado a la historia en esa condición: Julio César, Alejandro, Aníbal, el Gengis Khan, Napoleón, San Martín y Brown, por evocar algunos del pasado y evitar entrar en el terreno resbaladizo de los años más recientes, en el que seguramente habrá desacuerdos sobre las figuras que puedan citarse.

La predicción

Como complementando la frase de Valéry, existe una broma que circula entre científicos y que asegura que la predicción es una disciplina difícil, especialmente si se trata del futuro. Más allá de su humor, que evidentemente lo tiene, la frase reafirma el concepto ya expresado de la imprevisibilidad del futuro, pero esta aseveración, aunque decepcionante para quien pretenda internarse en el dudoso reino de lo por venir, no debe ser óbice para que el intento no deje de valer la pena. Si bien analizar el futuro puede aparecer como una misión imposible, hacerlo no va a ser improductivo por las razones que se explican a continuación. Por un lado, revisando las distintas tendencias que aparecen ante nuestros ojos y tratando de prolongarlas más allá del presente, captamos mejor la realidad actual, nos introducimos en sus detalles y evaluamos su peso específico. Tratando de entrever el futuro, tendremos una mejor información del presente. Es decir, recurriendo a una expresión coloquial, sabremos mejor el lugar en el que estamos parados. Si vamos a encarar una labor que, en cierta manera, debe atenerse a determinadas predicciones, como en este caso, partir de un punto seguro y bien conocido o sea, del conocimiento cabal del presente, contribuirá a su mejor tratamiento.

Pero, además, hay otra razón para perseverar en esa difusa labor de anticipación que parece contradecir la connatural incertidumbre expuesta y es que, pese a resultar impredecible, al futuro también se lo construye, y aunque los resultados no puedan garantizarse, sí se puede reducir el margen de aleatoriedad en el que va a desenvolverse. ¿En cuánto puede decrecer ese margen? No hay forma de medirlo, y no creemos que esa pregunta pueda contestarse con alguna precisión más o menos aceptable.

Pese a lo expuesto, estamos obligados a tratar de entrever el curso de los acontecimientos para que la construcción del futuro se haga sobre las bases más firmes posibles. Esto es el fundamento de toda planificación, que no es otra cosa que un intento por componer un futu-



(2)
Ambroise-Paul-Toussaint-Jules Valéry (Sète, 30 de octubre de 1871 - París, 20 de julio de 1945) fue un escritor francés, principalmente poeta, pero también ensayista de gran talento.

Revisando las distintas tendencias que aparecen ante nuestros ojos y tratando de prolongarlas más allá del presente, captamos mejor la realidad actual, nos introducimos en sus detalles y evaluamos su peso específico. Tratando de entrever el futuro, tendremos una mejor información del presente.

ro adecuado a nuestras necesidades. Se hace desde el presente con resultados inseguros, es cierto, pero este inconveniente debería ser salvado con las modificaciones que se vayan introduciendo a medida que se observe que la realidad no transita por los hitos previstos.

Toda la ciencia y las técnicas de los procesos de planificación están basadas y justificadas por la idea de trabajar con vista a determinados resultados. Mientras con más precisión se trabaje en el proceso de planificación y mientras con mayor sagacidad se elaboren las suposiciones necesarias, la índole impredecible propia del futuro irá perdiendo vigor, al menos en un cálculo de probabilidades, aunque, como tal, estará siempre sujeto a su intrínseca condición de azaroso (volvemos aquí al tema de los cisnes negros).

Hay una ley empírica, es decir una ley surgida de la experiencia, que establece que los tiempos históricos se aceleran a medida que nos acercamos a la época actual, en la que alcanzan un ritmo de cambio casi vertiginoso. Basta repasar los manuales de historia para comprobarlo fácilmente. El gran responsable de esa aceleración es el avance de la ciencia y la tecnología. A modo de ejemplo, tomemos el caso de la telefonía celular que, en menos de dos décadas, revolucionó el mundo de las comunicaciones y, con él, el de los usos y costumbres, tanto en el ambiente de los negocios como en los hábitos sociales. La velocidad de los cambios también puede deberse a sutiles alteraciones en las facultades intelectivas del hombre, pero esto es difícil de evaluar.

Todo lo dicho hasta aquí acerca de la imprevisibilidad del futuro, de la aleatoriedad de las conductas humanas, de los cisnes negros, cuya aparición y sentido nadie está en condiciones de anticipar, del misterio, en fin, que envuelve y en el que sucumben todas las predicciones, cobra fundamental presencia, como ya dijimos, en los planes a largo plazo.

Cuestiones de defensa

Los temas de defensa no pueden estar ajenos a este marco de referencia. Por el contrario, quizá sea en este campo en donde la influencia del avance científico se manifieste con la máxima acentuación. Sabido es que muchos de los grandes inventos de la tecnología nacieron y se desarrollaron por un requerimiento militar y pasaron, luego, al ámbito civil. Que este pasaje haya sido motivado por la necesidad de abaratar costos es una de las dos razones posibles. La otra es que resulta imposible mantener en secreto cuestiones científicas o técnicas, ya que la natural avidez de conocimiento, propia de las sociedades avanzadas, haría fracasar el intento. Siempre habrá un resquicio por donde sucumbirán las barreras más severas de aquello que se quiera proteger calificándolo con algún grado de reserva, por más alto que este sea.

Todo lo dicho hasta aquí acerca de la imprevisibilidad del futuro, de la aleatoriedad de las conductas humanas, de los cisnes negros, cuya aparición y sentido nadie está en condiciones de anticipar, del misterio, en fin, que envuelve y en el que sucumben todas las predicciones, cobra fundamental presencia, como ya dijimos, en los planes a largo plazo. Cuanto mayor sea ese plazo, mayor será la incertidumbre de su cumplimiento.

En el ámbito militar, muchas veces se trata de diseñar la composición de las respectivas fuerzas según sus necesidades específicas para el tramo temporal que se considere. Con frecuencia, ese plazo suele oscilar entre dos o tres décadas, lo cual es evidentemente excesivo para entrar en detalles que, fatalmente, estarán expuestos a los avatares del futuro.

Un diseño sensato será siempre una solución de compromiso, debido a la cantidad y la naturaleza de las variables que entran en el problema y que pasamos a enumerar sin pretensiones de agotar la lista.

En primer lugar, la aparición de otros protagonistas diferentes del tradicional Estado-Nación que compiten, de modo activo, como actores en la lucha por el poder. Fueron acertadamente llamados por Toffler “gladiadores mundiales”, frase que entrelaza, en forma íntima, los conceptos de Defensa y de Seguridad. Los carteles de droga, fanatismos religiosos, mafias, movimientos terroristas, empresas transnacionales, verdaderos ejércitos privados manejados por agencias particulares de seguridad, la piratería marítima

de reciente reapariciónson solo algunas muestras de que los estados, contra su voluntad, ya no ejercen el monopolio del poder militar.

En lo relacionado con el ámbito marino en particular, la imparable globalización ha contribuido a generar un significativo aumento del comercio que emplea, para las grandes cargas en peso y en volumen, la vía oceánica. Gran parte de ese tráfico se materializa a través de buques que enarbolan banderas de conveniencia, lo que, a la hora de tratar de impedir ese tráfico, adiciona dificultades por las normas del derecho internacional.

Este cuadro de situación se ve afectado, también en forma constante, por el fenómeno característico de los tiempos actuales, ya visto, de la aceleración de los tiempos históricos. Los temas de defensa no pueden estar ajenos a este marco de referencia. Por el contrario, quizá sea en este campo en donde la influencia del avance científico se manifieste con la máxima acentuación. Vemos entonces que, en un primer análisis, el diseño de una armada posible en un lapso como el supuesto en estas consideraciones para el caso particular de nuestro país tropieza con ese inconveniente, diríamos, básico y casi metafísico: el intrínseco carácter de impredecible con que se juega el futuro, para el caso, el del lapso señalado, con las atenuaciones que hemos tratado de mostrar.

No obstante, hay otros inconvenientes que se presentan al análisis del diseñador, ahora de una índole no tan abstracta como la explicada, sino de orden fáctico, como lo son las cuestiones concretas que se van a plantear en el desarrollo de la tarea impuesta.

En efecto, supongamos que un exhaustivo análisis de cuestiones tales como amenazas (reales o presuntas), puntos vulnerables, balance de fuerzas y potencialidades, etc. nos lleve a la conclusión de que, para poder cumplir eficientemente con su misión, la Armada debe contar con una determinada cantidad de medios de ciertas características. Pues bien, ¿Dónde están esos medios? ¿Existen en el mercado mundial de armamentos? En caso de que así sea ¿Podrán ser adquiridos por nuestro país? ¿Se dispone de los medios económicos para satisfacerlos?

¿Hasta dónde llega la interdicción británica de nuestra compra y fabricación de armamento haciendo valer su influencia entre sus poderosos aliados, muchos de ellos posibles vendedores del material de guerra que necesitamos? En efecto, es de imaginar que no habrá cambios sustanciales en la pertinaz e irreductible intransigencia británica para allanar las cosas aceptando el mandato internacional de entrar en conversaciones para solucionar el conflicto. Nosotros podemos ignorar el problema en nuestros planes operativos, hacer como que no existiera, pero el conflicto está ahí, y los ingleses lo saben y de seguro sí entra en sus planes operativos y de movilización. No van a dejar sorprenderse otra vez y así como, cabe suponer, presionaron para que un proyecto misilístico de gran alcance abortara, es de rigor figurarse que guardan, sobre nuestra compra y fabricación de armamentos, una celosa vigilancia para poder, así, vetar lo que pueda comprometer su ilegal presencia en las islas y los intereses que, de esa usurpación, se derivan. Es de resaltar que esta interdicción británica cuenta con la tácita aprobación de sus poderosos aliados. Todo esto en un marco de normalización



¿Hasta dónde llega la interdicción británica de nuestra compra y fabricación de armamento haciendo valer su influencia entre sus poderosos aliados, muchos de ellos posibles vendedores del material de guerra que necesitamos?

y de profundización de las relaciones entre ambos países en toda su amplia gama de posibilidades, excepto la que se acaba de detallar, una más de las numerosas paradojas de la política internacional.

En lo que hace a medios materiales, desde sus orígenes, la Armada de nuestro país no se armó en base a un diseño previo, sino que se fue equipando con los elementos que se pudieron conseguir en las circunstancias vividas. Una vez agenciados estos, se les asignó funciones, las más de las veces muy por encima de sus posibilidades reales, cosa que, si bien aumenta el mérito de los que con ellos tuvieron que afrontar situaciones que los superaban ampliamente, obra también como un contrapeso de plomo para el éxito de las misiones que se dispongan. Con las variantes que el tiempo histórico impone a los acontecimientos, esta característica ha perdurado a través de los años y llega hasta nuestros días. Salvo en contadas ocasiones, como por ejemplo, la adquisición del rompehielos para el trabajo en la Antártida y la adquisición de las Meko, los materiales ingresados fueron los disponibles en el mercado, muchas veces rezagos de guerra ofrecidos a precios muy convenientes o cedidos a través de un convenio. Si bien normalmente constituían un aporte valioso para nuestra Armada, esos materiales eran, con claridad, considerados obsoletos en la armada que los cedía.

Si nos proponemos diseñar una armada, creo que es lícito encarar la tarea pensando en una armada de primer orden, no para rivalizar en un pie de igualdad, cuestión absolutamente imposible, sino para poder trabajar en conjunto con otras armadas en las misiones que el contexto internacional impone cada vez más a los países que pretendan tener algún grado de presencia en el orden mundial. Medios de este tipo no van a ser cedidos gratuitamente. Habrá que comprarlos pagando el precio establecido por el vendedor que, con seguridad, no será bajo. Y esto siempre y cuando la adquisición fuese posible por lo señalado más arriba con referencia a las interdicciones de otras potencias.

Pero aún en el caso de que, salvado el tema de las injerencias extrañas, se esté en condiciones económicas de hacer efectiva la adquisición de referencia, no puede asegurarse que el medio adquirido responda en un ciento por ciento a nuestras reales necesidades.

En efecto, los fabricantes de armamentos y los astilleros en particular no suelen trabajar a pedido de un comprador determinado (cosa que, de hacerse, sería costosísima), sino que prefieren elaborar sus propios proyectos que respondan a las necesidades estándar del mayor número de potenciales clientes para poder, así, incrementar las ventas. Tan es así que, cuando ante una necesidad de incorporar nuevos medios, se analiza la oferta disponible, se verá que rara vez el material ofrecido responde acabadamente a las necesidades. Así, por ejemplo, el que tiene el armamento adecuado, posee un sistema de propulsión que no es lo que buscábamos; si este es el que queremos, no lo son, en cambio, sus sistemas de detección. Armonizar todos los requerimientos de una unidad a flote, aérea o submarina en una solución apta, factible y aceptable es una tarea, para el que diseña, que puede ser llevada a cabo con éxito solo cuando se tiene un único cliente a la vista. Si, como ocurre por lo general, hay a la vista varios asegurados y otros posibles, la tarea se complica y forzosamente se deberán adoptar soluciones de compromiso. Luego vemos que, ni aun pudiendo comprar el material, eliminaremos por completo la mortificante y conflictiva limitación de tener que conformarse con lo que hay en el mercado.

No hay manera de salir de esta coyuntura restrictiva, pero una forma de morigerar sus efectos será, como se puede intuir, fabricar nuestros propios medios. Sin embargo, esta alternativa escapa al tema de este comentario, cuyo resumen podría estar dado por el título de un artículo aparecido en el *Jane's Defense Weekly* del 13 de agosto de 2008 firmado por Karin Lexen y que, traducido por nuestra *Revista de Publicaciones Navales*, decía: "Acepte lo inesperado y prepárese para cualquier contingencia". Esas contingencias no son otra cosa que los cisnes negros de Taleb que, sin saberlo ni sospecharlo, pueden estar esperándonos en cualquier recodo de la historia futura. ■

"Acepte lo inesperado y prepárese para cualquier contingencia". Esas contingencias no son otra cosa que los cisnes negros de Taleb que, sin saberlo ni sospecharlo, pueden estar esperándonos en cualquier recodo de la historia futura.